

renciado y sobre todo la presencia distinta de «otros» que son espectadores como nosotros limita la entrega al espectáculo por un sentimiento de decoro, porque nos suponemos objeto de la posible observación de los demás, lo que yuxtapone a aquella la distracción a que la presencia del contorno obliga.

Este sentimiento del decoro está como adormecido en el espectador cinematográfico, para surgir con una enorme fuerza —con caracteres de vergüenza— cuando las circunstancias típicas del cine desaparecen. En el teatro el espectador está «sobre sí», en el «cine» «fuera de sí».

Es una vivencia complejísima. En las interrupciones bruscas de la proyección e indefectiblemente cuando la sesión cinematográfica concluye y se retorna a la realidad habitual, hay en la vivencia un elemento de sorpresa de índole fisiológica, por la necesidad de adaptarse bruscamente a unas nuevas circunstancias. Hay asombro, que procede, sin duda, del salto desde el mundo revelado por «cine» al habitual. Hay otros muchos elementos pero de ellos sobresale nítidamente, como constitutivo del núcleo vivencial, un insondable sentimiento de *vergüenza*.

La presencia, hasta entonces impersonalizada, de los demás turba a cada espectador, que desea resolver cuanto antes esta convivencia enojosa. Es un sentimiento tan importante y definido para el espectador cinematográfico como pueda serlo el de lo «numínico» en lo Santo.

Ahora bien; ¿de dónde procede esta «vergüenza»? ¿qué clase de «vergüenza» es?

La segunda parte de la pregunta es un punto de partida para aclarar el substratum común de toda «vergüenza». No hay duda que el avergonzarse no tiene solamente un sentido moral, puede tenerlo de varias clases, incluso sociológico como cuando nos avergonzamos de tener en los vestidos algún roto. Ahora bien, el fondo común de todas ellas es *un estar en desacuerdo consigo mismo*, y de este desacuerdo consigo fluye

